

## SERMON

DEL

### CORAZON DE MARÍA.

---

*Et mater ejus conservabat omnia verba hac in corde suo.*

Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazon.

(Luc., cap. II, vers. 51.)

Siempre que me cabe la dicha de hablar de la Madre de Dios, siento en mi corazon un movimiento de alegría, que, como bálsamo aromático, produce en mí la admiracion, la sorpresa y el consuelo. Antes de articular una sola voz, echo una mirada al conjunto de bellezas que son como la atmósfera de ese astro, oriundo más del cielo que de la tierra, y entra mi alma en una especie de quietud extática, producida por lo demasiado bello y sublime del objeto que se me representa. Si mi débil pupila, robustecida por la influencia de la revelacion, persevera contemplando tanta grandeza, comprendo desde luego que la magnitud de sus excelencias es tan extensa, que no la abarca ni la vista del ángel ni el sentido del hombre, por más que aquél contemple, por más que éste describa. María es una region inexplorable, por ceñirla en derredor una zona de luz deslumbradora, y tener dentro de sí el inmenso foco del candor eterno. Pero esta admiracion que es siempre nueva, esta sorpresa con que descubro en María alguna partecita de sus bellezas inefables, va acompañada del consuelo que me inspira la fé, enseñán-

dome á amarla, para estudiar en la escuela del amor lo que no pueden demostrarme las reglas del raciocinio. La fé me dice que ame con toda mi alma al Dios incomprendible, y apénas puedo aspirar á cumplir un solo acto de caridad, sin encontrar que no es digno de aceptacion mi amor al Sér infinito, si no amo tambien á la que tiene con Él la indivisible participacion de relaciones naturales. Amo á Dios, á quien no comprendo porque es infinito, y tambien debo amar á María, cuyas excelencias no puedo comprender porque son las excelencias de una dignidad que por su objeto es tambien infinita.

Y este amor, que tiene la virtud de hacer de lenguas tardías lenguas elocuentes, arde en mi corazon; sólo con nombrar á María, siento que las fibras más delicadas de mi espíritu resuenan con tanta armonía como las tirantes cuerdas del arpa melodiosa; sólo con recordar su dignidad, mi alma se eleva á las regiones celestiales, y émulo de los querubines de lo que es inefable, persuadido como estoy de que nunca podrá bastar á explicar sus grandezas, ni el acento del ángel, ni la lengua del hombre.

Pero, católicos, me veo en el caso de deciros que hoy me hallo perplejo ante el gran asunto que me habeis encargado, sin atreverme á echar en él una simple mirada. El Corazon de María es el gran santuario á donde no ha entrado ni puede penetrar más que el Sacerdote eterno, segun el orden de Melquisedech; al hombre puro se le concede registrar sólo el átrio del templo de Dios, pero no puede arriesgarse á levantar el recamado, porque lo cubre todo la gloria del Espíritu divino, que habita tras este cortinaje de santidad fabricado por Él mismo. Aun tratando de escudriñar las acciones humanas, no vemos más que la corteza exterior, siendo el corazon del exclusivo dominio de la Divinidad, que lo examina y lee sus secretos, aunque estén escondidos en los más oscuros senos. ¿Cómo, pues, nos atreveremos á dirigir una mi-

rada observadora al corazon, que es el asiento de la Majestad infinita; al corazon, que no tiene más que un afecto, deuda sagrada hácia una ternura afectuosa, infinita, con que lo ha vinculado á sí el Espíritu Santo?

¡El Corazon de María! ¡Sus sensaciones! ¡Sus movimientos! ¡Sus aspiraciones! ¡Su amor! ¡Su correspondencia! ¡Sus designios! ¿Quién los conoce? ¿Quién los comprende? Nosotros podemos hablar de su humildad, que la ensalza sobre los ángeles; de su castidad, que la hace superior á los serafines; de su virginidad, que la encumbra sobre todas las madres; de su inmunidad, que la distingue de todo el linaje humano; de su dignidad, que la une á los destinos temporales de Dios en la tierra y á su Trono de gloria en el cielo; de su sabiduría y de su fé, que la hacen Reina de los Patriarcas y Profetas; de su valor, en que excede á los Apóstoles; de su constancia y heroismo, con que aventaja á los mártires, porque hemos visto á esta Vírgen en todas las fases de la vida humana, y ha sido sin cesar un cielo siempre sereno, una luna siempre argentina y sin menguante, una fortaleza de marfil siempre armada, una azucena siempre odorante y blanca entre espinas, una esbelta palma en el desierto, una rosa siempre aromática en el valle. Mas ¿quién ha visto su corazon? Sólo el Padre, que sabe cuánto es el amor de una Hija; sólo el Verbo divino, que ha visto en sus cariños lo que es una madre; sólo el Espíritu Santo, que la ha tomado por Esposa; sólo Dios, que ha explorado su voluntad por medio de una embajada.

En medio del asombro que embarga todas las potencias de mi alma, sólo descubro un camino para poder llegar á rastrear siquiera lo que es el corazon de María. Nos dice el Evangelio conservaba en su Corazon cuanto habia pasado con Ella: *Et Mater ejus conservabat omnia verba hæc in corde suo.*

Es el Corazon de María donde Dios guarda sus secre-

tos; y yo no me admiro tanto de que Dios se los entregue, cuanto de que María tenga capacidad para contenerlos; es la sabiduría de Dios, la omnipotencia de Dios, la providencia de Dios, la misericordia de Dios, lo que María conserva encerrado en su corazón; todo es eterno, todo inmenso, todo infinito, y no puedo ménos de preguntar á mi corazón si comprende cómo la criatura abarca al Criador, cómo lo limitado abraza lo infinito, y me veo precisado á humillarme, confesando que María es un objeto inefable para mi lengua, pero amable para mi corazón.

Entre tanto, ya que no me es dado examinar lo interior de este santuario de las ideas divinas; ya que no alcanzo á comprender cómo las grandezas infinitas caben en un objeto limitado, me atreveré á explorar la causa de esta confianza omnímota que Dios tiene en el Corazón de María, para que, en vista de esto, amemos al Hijo y á la Madre, ya que Uno y Otra, por diferentes motivos, son incomprensibles. El Corazón de María es el único que es digno de merecer á Dios la confianza que inspira el amor natural; este asunto ocupará vuestra atención religiosa.

¡Corazón amabilísimo de María! ¡Dadme una partecita de vuestras aspiraciones, y seré sabio; un destello de vuestras luces, y discurriré con acierto; un poco de vuestros afectos, y seré elocuente! ¡Dadnos á todos deseos sinceros de amar la verdad, y atraídos por el aroma de vuestras virtudes, encontraremos en vuestro seno amoroso la salud y la vida! Hémos, pues, aquí postrados á vuestras plantas, saludándoos con el Ángel.

AVE MARÍA.

## PARTE ÚNICA.

No ha salido de las manos de Dios un sér animado que no tenga una propension natural á procurarse los medios de conservarse á sí mismo, de reproducirse y perpetuar su especie, multiplicándola numéricamente, resultando de ahí una atracción necesaria sobre los individuos de una misma naturaleza, que están vinculados por las relaciones de maternidad y filiación. Aparte la fiereza ó la mansedumbre, la astucia ó el candor, igualmente han dividido esta propiedad la humilde corderita, el rapante condor y la tórtola inocente. Es esto lo que llamamos el amor natural; no importa que en estos séres no tenga más duración que la marcada por el tiempo necesario á la generación y lactancia; no importa que no sea la razón, sino el ciego instinto, quien lo engendre; la materia animal, no el espíritu, quien lo guíe; siempre es cierto que en todo corazón donde haya gérmen de vitalidad, existe también el foco del amor, aunque por su naturaleza y propiedades no sea sino un amor puramente material.

Pero donde plugo á Dios encerrar un verdadero venero de amor, fué en el corazón humano, de cuyo seno saldría con toda la ternura de la sensibilidad y con todas las galas de la espiritualidad; afectuoso, sensible y compasivo, no podría ménos de amar á cuantos llevasen en su frente el mismo emblema de dignidad natural que lo distingue á Él y lo eleva sobre toda la naturaleza visible; espiritual, racional y discursivo, era consiguiente que, no encontrando entre la materia la simpatía atractiva de los séres que se asimilan, se elevase á las regiones de la pureza, al espacio azulado, entre cuyas estrellas oye resonar el eco de mil voces que cantan la glo-

ria de un Dios, cuyas huellas están marcadas en la tierra y en los mares. Lo hallaría, porque este Dios le previene en sus caminos, le precede en sus deseos, le acompaña en sus aspiraciones, y lo confirma en sus obras; y después de encontrarlo, diría con el alma enamorada: «He dado con el que ama mi corazón; lo tengo asido, y no lo abandonaré.» (*Cant.*, cap. III, 4.)

¡Noble corazón humano! ¡Cuántos tesoros ha encerrado en tí la Providencia! No hablaré de tantos amores como salen de este foco, contrarios entre sí muchas veces, sublimes y bajos, nobles y viles, celestiales y terrenos, espiritualizadores y materializadores, recibiendo su calificación del objeto á que tienden y de los efectos que causan; pero sí debo decir que el amor hácia la materia es la inversión de las facultades intelectuales, que de dominadoras se convierten en siervas, así como el amor á lo celestial es la expansión natural del instinto racional, conforme con los designios del Criador y con la inclinación innata que tenemos á buscar nuestra dicha en el objeto beatificador. Debo también añadir que sólo el amor á Dios es el que armoniza con la nobleza del hombre, santificando en este amor el que en el círculo de lo recto y de lo justo tengamos á las criaturas, por estar subordinado al del Criador.

Entre tanto, católicos, ¿cómo amamos á Dios? ¿Por qué lo amamos? ¿Para qué lo amamos? Amamos á Dios con aprecio, porque es la santidad infinita, la justicia y la hermosura inefable; y cuando lo amamos de este modo no pensamos en las penas del precito, porque donde hay amor puro é interno hácia Dios, no sólo por sus bellezas increadas, sino también porque en este amor nos ha prometido Él mismo que hemos de encontrar una felicidad sin fin, amamos á Dios, y mezclamos nuestro amor con un temor reverencial, pues podemos perder su amor por el pecado, y con él el derecho á la patria celestial. Todos

estos amores son dignos del hombre, y agradan á Dios; el primero es heroico, el segundo es santo, y el tercero nos conduce á la adquisición de la gloria: amamos á Dios con amor de amistad; lo amamos por nuestro propio bien; lo amamos con reverencia, huyendo del pecado, porque ofende la santidad infinita y nos hace desgraciados. Pero ¿podremos amar á Dios con aquel amor que, suponiendo en un objeto dignidad y acreencia, tiene por motivo el bien de ese mismo objeto amado? ¿Podremos amar á Dios para procurarle algún bien? Examinémoslo.

En el corazón humano hay un amor necesario, y es necesario, no porque no sea libre, sino porque es natural, y no puede ménos de existir, sin que la voluntad sea precedida por el discurso, por ser el resultado de las causas naturales que obran en virtud de las leyes que las rigen; este amor es el de la madre para con el hijo. Lo ama en sus entrañas, y aunque salga de ellas como del primer lecho donde haya reposado, se traslada á otro que es más sensible, á su corazón, á sus cuidados, dice el Angélico maestro (1.<sup>a</sup> 2.<sup>a</sup>, quæst. 10, art. 12), en donde vive siempre y respira el hijo. No hay sino dos amores de esta especie, infinito uno, y es el que Dios nos tiene, como nuestro Padre y Criador; limitado otro, y es el de la madre para con su hijo: aquél procede de una voluntad también infinita é infinitamente libre en sus obras; éste también proviene de un corazón libre en sus aspiraciones, pero arrastrado por la naturaleza y el instinto á amar al que es una parte de su propio compuesto. Este amor es el que se llama de amistad en grado más que heroico, porque, no sólo aprecia en su justo valor al objeto amado, sino que todas sus aspiraciones no tienden sino á procurar el bien posible al que se ama. Ninguno puede mejor explicar esta verdad que aquellas madres en cuyo corazón laten los movimientos de un alma pura.

I. He recorrido el florido campo del amor en todas

sus fases, para poder rastrear lo que es el Corazon de María; despues de meditar mucho en cuanto encierra, me he encontrado en un horizonte de luz que me ha sorprendido por sus bellezas, que apénas puedo mirar. No os asombreis de lo que voy á deciros: María ama á Dios por el bien de este mismo Dios. Angeles y hombres, y cuantos pudieran amar á Dios, cuando más, podrán, en la intensidad de su afecto al Ser divino, amarlo con una amistad que raye en lo seráfico, á Dios por Dios, y ni se moverán ni respirarán sino para procurar en todo la gloria de Dios. Mas esta gloria no es un bien que granjee la criatura al Criador, que es feliz en sí mismo. Pero María no piensa así ni obra en las aspiraciones de su corazon como los demás. Ama á Dios como al Sér perfectísimo, bondadosísimo y santísimo; lo ama sin pensar en que Él es el centro de toda felicidad; lo ama por darle algo que Él necesite y no lo tenga; lo ama por proporcionarle algun beneficio. Amor inexplicable, amor que es más que de hombre y más que de ángel; amor que coloca á María en una categoría média entre Dios, que es infinito, y todos los demás séres espirituales y racionales.

Confieso ingénuamente que apénas comprendo lo que estoy diciendo; pero no lo extraño, porque en María no comprendo perfectamente más que una cosa, y es que es criatura; lo demás de esta nobilísima Señora es del dominio de la inteligencia infinita, que quiso dar un testimonio solemne de su omnipotencia en la creacion de María, destinándola á que fuese su propia Madre. Pero aunque mis facultades intelectuales no alcancen á comprender tanta sublimidad, me esforzaré en explicarla con la fé de la Iglesia y la luz que arrojan las sagradas páginas.

Los afectos del Corazon de María no tienen más que un período, aunque su vida comprenda dos: uno mientras fué Virgen; otro desde que, sin dejarlo de ser, em-

pezó á ser Madre; y en uno y otro aparece este corazon abrasado en aquel amor que no tiene otro fin que el bien del objeto amado. Recorramos la vida de María.

¿Veis esa niña de tres años que, llevada por sus padres al templo santo, sube su escalinata con alegría, entra en el santuario con presteza y se encierra en la soledad con un gozo extático? ¿La veis crecer en la casa de Dios, siendo el asombro del sacerdocio que estaciona en el lugar de la oracion, por su modestia, por su pureza, por su meditacion continua, por su parsimonia en la comida, por sus vigiliass y por el esmero con que asiste á todos los actos religiosos, cantando dia y noche, y adorando sin interrupcion al Dios de Sabaoth? Concebida sin mancha de pecado, ha sido confirmada en gracia, sin que haya cometido, sin que deba cometer en su vida un solo pecado leve; desde que ha podido empezar á aprender, ha recibido lecciones del mismo Espiritu Santo, que habita en su corazon y lo penetra todo, cubriendo su candor con el candor de sus divinas alas, y revelándole los secretos más augustos de la Sabiduría infinita, sin reservarla más que uno solo, que tenía decretado manifestarle en un momento marcado por sus inapelables decretos, momento el más solemne y soberano de la vida de esta niña, que si causaba admiracion á los hombres que no ven sino la exterioridad de las acciones, era el asombro de los ángeles que la asistian sin cesar, y se preguntaban con una especie de sorpresa extática: ¿Quién es esta flor aromática que ha brotado en el árido campo y en el hórrido desierto de la humanidad pecadora?

¿Qué entendimiento puede calcular cuánta y cuán extensa es la ciencia de María? Consagrada ya Reina de los Patriarcas y Profetas, tiene en sí misma reunida la fé de los primeros y los vaticinios de los segundos. Hija de David, recorre en su mente todos sus cánticos con más ligereza que aquél las cuerdas de su arpa, comprendiendo

el órden y la armonía que encierran las profecías. Heredera de las promesas, no se le esconden ni las que Dios hiciera á Abraham, ni las que viera Jacob, ni las que anunciara Moisés. Desde las palabras divinas que salieron de los labios de Dios en el Paraiso, hasta las que pronunciaron Aggeo y Malaquías sobre la gloria del templo segundo, que sería mayor que la del primero porque la consagraria con su presencia el Señor del mundo, el ángel del Testamento; desde que Daniel fijó los años que habian de trascurrir desde la solucion de la cautividad de Babilonia hasta la venida del Ungido, todo lo sabe María, y medita en las maravillas del Señor, sin apartar su pensamiento de este admirable tejido que anunciaba la aparicion de Dios entre los hombres para conversar con ellos y redimirlos, y contenia en una tosca urdimbre el oro y las preciosidades de la vida y muerte del Mesías, Hijo de Dios.

Entre tanto, conservando tanto volúmen de sabiduría en su pecho como en un santuario impenetrable, no comunicando estos Sacramentos del Rey celestial quizás ni á los ángeles, que viven á su lado, María no tiene más que un solo deseo. No me acuseis de temerario si me atrevo á leer los secretos del Corazon de María. Es su corazon de la naturaleza del nuestro; retrete misterioso donde se abrigan nuestras ideas más íntimas; por más que empleemos toda la astucia de un hipócrita para que no se escape ninguno de los secretos que le confiamos, llega un momento en que se abren las puertas, y la idea se manifiesta por la palabra: es nuestro corazon como las granadas, que dentro de una cáscara áspera y tosca esconden el rubicundo y sabroso fruto, que sólo espera una oportunidad del calor y la estacion para que, rompiéndose la corteza, se vea su estructura interior. Jesucristo, que conocia tan profundamente el corazon humano, lo dijo más de una vez: *Ex abundantia cordis os loquitur*. Lo que

abunda en el corazon nos sale por los labios. (Math., capítulo XII, 34.)

Esta ocasion se ha de presentar á María, y sus palabras, llenas de tanta prudencia y candor como de justicia y fortaleza, nos dirán cuáles han sido los sentimientos de su corazon. Antes de oirlas de sus propios labios, yo las veo todas en lo más íntimo de su pecho; y no sé de qué admirarme más, si de la ciencia de su entendimiento, ó del amor de su voluntad y los deseos de su corazon. Los Profetas habian ido dando poco á poco el boceto del gran personaje que debia descender del cielo en la plenitud de los tiempos; pero no todos vieron todo el conjunto del sublime cuadro de las acciones del Dios humanado; unos le contemplan al nacer, otros al predicar, otros al morir, otros al abrir las puertas eternas, y otros al subir triunfante al Trono de gloria; éstos lo vieran festejado de ángeles, adorado por Reyes y pastores; esos escarnecido por hombres inhumanos, rodeado de verdugos leoninos, y crucificado entre facinerosos. María lo contempla con intuicion perfecta y ordenada desde que se desprende de los cielos para descender al tálamo de una Virgen, hasta que vuelve con los despojos del infierno á la diestra de su Padre. Y en medio de tanta certeza, ¿qué ideas abriga su corazon?

Sabe que se está acercando la plenitud de los decretos divinos, y no deja de pedir al cielo que despida el rocío que ha de fecundar los corazones humanos con las influencias de su gracia; le consta que ha de nacer de una madre vírgen, y que baja á traer al mundo la pauta de la pureza, y quiere ser Ella la primera azucena de este tallo, para tener la dicha de ser la sierva de la bienaventurada mujer que ha de dar á luz este Niño celestial.

No se la ocurre jamás pensar en que pudiera caberla á Ella esta honra, porque en su humildad no se cree merecedora de un cargo tan culminante. ¡Tan cierto es, amados